

«TUS HIJOS VOLVERÁN»

Un «viaje» apasionante con Mónica y Agustín



Colección “Testigos y maestros”

Manuel Morales

«TUS HIJOS VOLVERÁN»

Un «viaje» apasionante
con Mónica y Agustín



Ciudad Nueva

© Manuel Morales Sánchez

© 2019, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

Edición: *Ana Hidalgo*
Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos*

ISBN: 978-84-9715-451-2
Depósito legal: M-39.013-2019

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

«Tus hijos volverán»

Con palabras llenas de emoción, el profeta Jeremías se dirige al pueblo de Israel, que «ha encontrado el favor de Dios en el desierto», para infundirle ahora la esperanza de una vuelta a casa y un tiempo nuevo. Dios personalmente imprimirá en los corazones un conocimiento íntimo, los atraerá y los guiará.

Refiere el profeta el grito y el llanto de una madre, Raquel, mujer del pueblo, «la gran matriarca de su tribu», que llora a sus hijos y no quiere ser consolada, «porque se ha quedado sin ellos» (están en el exilio). ¡Tan grande es su dolor!

Y Dios responde a la madre: «Reprime la voz de tu llanto, seca las lágrimas de tus ojos, pues tendrán recompensa tus penas: volverán del país enemigo. Tu futuro rebosa de esperanza. Tus hijos volverán a su hogar» (*Jr* 31, 16-17).

La historia se repite. Santa Mónica escuchó del obispo palabras muy parecidas cuando lloraba la suerte de su hijo Agustín: «Anda, y que vivas muchos años, mujer. Es imposible que se pierda el hijo de esas lágrimas».

*A nuestra querida madre
(hablo por mis cinco hermanos también),
que voló tan pronto al cielo
y nos ha arropado siempre desde allí.*

*A todas las madres,
y a tantísimas hermanas con corazón de madre
que me ayudaron y me ayudan
a ser lo que soy.*

*Todas ellas fiel reflejo de María, la Madre universal,
Inmaculada, que tiernamente, silenciosamente,
«hace casa y Familia»
para todos en esta querida humanidad.*

Prólogo

Toda mi gratitud al padre Manuel Morales, autor del libro y amigo, por contagiarme su pasión por santa Mónica, la mujer de la «mirada alta, sensible, lejana», como la vio y admiró su hijo Agustín.

Cada página del libro parece inspirada en el amor y admiración del autor por las madres y en su experiencia de toda una vida trabajando con familias. No hay en él nada impostado, ni un giro forzado, ni una palabra de más. Cero pretensión literaria y, sin embargo, tan buen escribir. El ritmo fluye porque es auténtico y transparente, como él, un sacerdote lleno de humanidad y sensibilidad, fresca y profundidad. Los testimonios que recoge abarcan maternidades vividas en circunstancias totalmente distintas, con un denominador común: el poder de la oración de intercesión de una madre por sus hijos. Nosotras no podemos, pero Él sí puede. Y Él es fiel y cumple sus promesas. Como dice una madre, «ni una lágrima ni un avemaría se pierden».

En la educación de nuestros hijos hay un momento en el que tomamos conciencia de nuestros límites y asumimos que no podemos abarcar el universo de un hijo ni conocer su alma en toda su complejidad y profundidad. Nuestra acción es muy limitada. No solo no podemos

controlarlo todo, sino que dudamos de si podemos controlar algo. Así vamos descubriendo que no se trata tanto de controlar y dirigir como de acoger y acompañar.

Los hijos no nos pertenecen y, aunque los queremos con locura, no siempre acertamos con ellos. Las teorías educativas y la psicología pueden ser útiles, pero lo que caracteriza el amor de una madre no es la perfección, la inteligencia, la capacidad de acertar y de elegir el método educativo correcto, sino la ternura y el amor desinteresado. La mansedumbre y la paciencia, siempre dispuestas a esperar y acoger. Es un amor que ensancha el corazón, de modo que empiezan a caber en él amigos de nuestros hijos, sobrinos, ahijados, adultos heridos, etc. No es ingenuidad ni buenismo. Somos plenamente conscientes de la enorme complejidad de las relaciones humanas, pero también del poder sanador del amor de una madre y de la realidad de esa maternidad ampliada que el autor llama «maternidad espiritual». El ejército de las madres orantes no solo batalla por sus propios hijos, sino por cualquier niño, adolescente, joven o adulto herido en su alma de niño que el Señor quiera bendecir a través de nuestra oración de intercesión.

La oración de una madre es silenciosa, respetuosa, no es invasiva ni obsesivamente controladora, pero de una enorme eficacia. A veces inmediata y a veces lenta y fatigosa; por eso es más fácil perseverar en la oración cuando hay una comunidad que acompaña. Es, además, el mejor modo de velar por nuestra máxima aspiración como educadoras: el Cielo.

SEGUNDA PARTE

LA HISTORIA DE MÓNICA Y AGUSTÍN

I. La joven africana, madre de tres hijos	173
II. Un niño cristiano en un ambiente pagano	175
III. El tumulto adolescente	176
IV. El universitario encuentra su pareja	178
V. Racionalista y metido en una secta	180
VI. El sueño y la pesadilla de Mónica.....	182
VII. «Le mentí a mi madre y me escabullí»	184
VIII. La madre sigue a su hijo «por tierra y por mar»	186
IX. ¿Jesucristo sí, Iglesia no?	189
X. Llega a punto la ayuda de la filosofía	191
XI. Y de Platón a san Pablo	194
XII. La conversión del corazón	195
XIII. La chispa del incendio	197
XIV. «Toma y lee, toma y lee»	199
XV. El retiro de Casiciaco	201
XVI. Bautizado en la Iglesia Católica	204
XVII. Mónica muere en Ostia del Tíber - Roma.....	206